

**SAN JUAN DE ÁVILA
Y BODAS SACERDOTALES
(Seminario de Monte Corbán, 11 de mayo de 2009)**

Textos: 2 Tim 1, 1-3.6-12; Ps 22; Mc 3, 13-19

**+ Vicente Jiménez Zamora
Obispo de Santander**

Queridos hermanos sacerdotes seculares, religiosos y monjes; diáconos y seminaristas; queridos familiares y amigos de los sacerdotes; miembros de vida consagrada y fieles laicos.

El Señor nos llama y nos reúne esta mañana, aquí en nuestro Seminario de Monte Corbán, corazón de la Diócesis, donde se gesta el presbiterio, para celebrar la Eucaristía: la gran acción de gracias de la Iglesia. Hoy celebramos la fiesta de San Juan de Ávila, Patrono del clero secular español, maestro y modelo de sacerdotes, y unida a su memoria la Jornada de Bodas Sacerdotales de diamante, de oro y de plata de algunos hermanos nuestros seculares, religiosos y monjes. En total 29. Algunos están ausentes por diversos motivos justificados.

Por eso, mi saludo afectuoso y felicitación especial son para vosotros, queridos hermanos, que hoy recibís el merecido homenaje del presbiterio diocesano y de toda la Diócesis por el don de vuestro sacerdocio y por la entrega generosa de vuestro servicio pastoral. Nuestra Eucaristía reviste hoy las notas de gratitud, fraternidad y felicitación.

Ante el altar de Dios recordamos hoy a todas las personas que hicieron posible la vocación primera; libre el posterior seguimiento; gozosa la actual permanencia. Y le pedimos que acepte el deseo humilde, pero profundo que hoy les anima: ser trigo limpio en la era; ser pan vivo en la Iglesia; ser racimo fecundo unido a la Vid verdadera; ser testigos de Cristo y de su Evangelio en el mundo.

Hoy recordáis con gozo aquel día en que vuestras manos fueron ungidas y quedaron consagradas para bendecir, para perdonar los pecados, para tomar cada día el pan eucarístico y convertirlo en el Cuerpo de Cristo, para acoger a los hermanos, especialmente a los pobres y ofrecerles el evangelio de la esperanza y de la vida. ¡Cuánta gracia derramada en vuestras vidas!. Hoy levantamos nuestras manos con las vuestras para dar gracias a Dios por tantos beneficios recibidos. Con el psalmista decimos: “¿Cómo le pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?. Alzaré la copa de la salvación bendiciendo su nombre y cumpliré al Señor mis votos en presencia de todo el pueblo” (Ps 115, 12-13). A la vez pedimos con vosotros perdón y misericordia para quienes somos indignos obreros en la viña del Señor. Hoy, finalmente, pedimos a Dios que os dé el don de la fidelidad a la vocación recibida hasta el final de vuestra vida. La Diócesis de Santander os debe mucho. Estáis gastando vuestra vida al servicio de la Diócesis, y hoy os miramos con especial cariño y gratitud.

San Juan de Ávila, sacerdote santo

San Juan de Ávila nació en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) hacia 1499 y murió en Montilla (Córdoba), el 10 de mayo de 1569. Pablo VI, en la homilía de la Misa de canonización, 31 de mayo de 1970, decía del Santo Maestro de Ávila que es un “tipo polivalente de todo sacerdote de nuestros días”, destacando en él “la firmeza en la verdadera fe, el auténtico amor a la Iglesia, la santidad de su clero, la fidelidad al Concilio (al de Trento, evidentemente), la imitación de Cristo tal como debe ser en los nuevos tiempos”. En San Juan de Ávila se dan: “Una santidad de vida nada común, un

celo apostólico sin límites, una fidelidad sin engaños a la Iglesia”. Llamado “*Apóstol de Andalucía*” fue un gran evangelizador y “*Padre de santos sin par*”, como : Juan de Dios, Francisco de Borja, Pedro de Alcántara, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, Juan de Ribera; Tomás de Villanueva ...

Hoy sigue siendo San Juan de Ávila nuestro Patrono, modelo, guía e intercesor y queremos honrarlo con esta celebración, a él nos encomendamos y pedimos su intercesión para todos los sacerdotes de nuestra Diócesis, especialmente para los que celebran sus bodas sacerdotales.

Mensaje de las lecturas bíblicas

Las lecturas bíblicas escogidas para esta celebración iluminan algunos aspectos de nuestra vida y ministerio, que ahora os brindo.

2 Tim 1,6-14: “Reaviva el carisma que hay en ti”. En este año dedicado a San Pablo, es bueno que releamos especialmente las cartas pastorales de San Pablo. En la primera lectura, San Pablo exhorta a su discípulo Timoteo a que reavive el fuego de la gracia de Dios que hay en él por la imposición de manos. En general, no andamos muy sobrados de vida espiritual en los momentos presentes. Por eso, ante las dificultades internas y externas a las que nos enfrentamos, hemos de reaccionar con decisión y valentía para recuperar el amor primero de nuestra respuesta a la llamada vocacional, que un día, cercano o lejano, nos dirigió el mismo Cristo por mediación de la Iglesia.

Reavivar el carisma significa volver a encender el fuego del don divino recibido, no perder la novedad propia del don de Dios, vivirlo en su frescor y belleza originaria.

Y esta es la recomendación que nos hace también a nosotros, sacerdotes. El desgaste del ministerio puede debilitar la fuerza del don recibido el día de nuestra ordenación. Y sin darnos cuenta vamos debilitándonos en nuestra respuesta de amor al Señor y en nuestra entrega de pastores. Es necesario volver al amor primero, entrar como Jesús en el silencio de la oración y escuchar la voluntad del Padre, y disponernos para servir más y mejor. Necesitamos renovar nuestra vida espiritual para afrontar con novedad nuestro ministerio ante los retos y desafíos del tiempo presente.

Mc 3,7-20. La llamada de los Doce. El texto evangélico proclamado de San Marcos encierra un gran significado vocacional para los sacerdotes, que prolongamos en el tiempo y en el espacio la misión de Jesús en el ministerio apostólico y sacerdotal.

En el clima orante y silente del monte, Jesús madura la decisión de llamar a los discípulos para instituir el grupo de los Doce. Llama a los que él quiere. La finalidad de la llamada es: *para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar*. “Estar con Él” y escucharle es la tarea y misión fundamental de nuestra vida sacerdotal. “Estar con Él” presupone el deseo de perseverar en su amistad, cuidarla cada día y profundizar en ella. La Iglesia y el mundo necesitan sacerdotes maduros y profundos, sacerdotes “santos” para ser llamados y enviados. Sólo el que está junto a Jesús puede ser su enviado; y sólo el que es enviado por Jesús está a su lado. De la unión íntima con Jesús brota la fecundidad pastoral, que se dilata a cada ámbito y persona de la Iglesia, con una particular atención a la indispensable y prioritaria promoción de las vocaciones sacerdotales.

La finalidad última de la llamada y de la amistad con Jesús es la misión: continuar la obra salvadora de Jesucristo, sin olvidar que el protagonista de esta historia no somos nosotros, sino el Señor. La misión no es nuestra, sino suya. Nosotros somos pobres siervos y humildes trabajadores en la viña del Señor, siendo conscientes de la presencia del Señor: “Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo” (Mt 28, 20).

Año Sacerdotal

Nos encontramos a las puertas de un “Año sacerdotal” convocado por Benedicto XVI, que tendrá lugar desde el próximo 19 de junio, festividad del Sagrado Corazón de Jesús, hasta el 19 de junio de 2010. La ocasión la propicia la conmemoración del 150 aniversario de la muerte del Santo Cura de Ars, Juan María Vianney (1786-1859), patrono de los párrocos, “verdadero ejemplo de pastor al servicio del rebaño de Cristo” (Benedicto XVI). Puede ser un Año para redescubrir la belleza y la importancia del Sacerdocio y de cada sacerdote, sensibilizando a todo el pueblo santo de Dios: los consagrados y las consagradas, las familias cristianas, los que sufren y, sobre todo, los jóvenes que son sensibles a los grandes ideales vividos con auténtico empuje y constante fidelidad. El título elegido por el Santo Padre es: “*fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote*”, y que quiere indicar la primacía absoluta de la gracia, “*Nosotros amamos porque Él nos amó primero*” (1 Jn 4, 19) y, al mismo tiempo, la indispensable y cordial adhesión de la libertad que sabe amar y que recuerda al mismo tiempo que el amor es también “fidelidad”. Puede ser un Año para celebrarlo no espectacularmente y con muchos actos, sino para vivirlo como renovación interior en el redescubrimiento alegre de la propia identidad, de la fraternidad en el presbiterio y en nuestras comunidades religiosas y monástica, de la relación sacramental con el propio Obispo.

Conclusión. Terminando dando gracias a Dios por vuestras personas y ministerio, queridos hermanos sacerdotes, seculares, religiosos y monjes, que celebráis este año vuestras bodas sacerdotales de diamante, de oro y plata. La Jornada de hoy debe ser una fuerza poderosa para vivir “la íntima fraternidad sacramental” (Vaticano II, PO 8). La Eucaristía que estamos celebrando es el mejor aglutinante de la unidad y comunión con Cristo y entre todos nosotros. Más aún, el mejor homenaje que podemos ofrecer al Señor, en esta conmemoración jubilar, es la promesa de orar juntos, formarnos juntos, trabajar juntos, sufrir y gozar juntos en esta Iglesia Particular de Santander, que es la nuestra y a la que nos toca amar y servir.

Confiemos a la Virgen María, nuestra patrona La Bien Aparecida, tan querida en nuestra tierra y en nuestro pueblo, el tesoro del sacerdocio, que un día hace sesenta, cincuenta o veinticinco años recibimos de la Iglesia, para que lo guarde con amor materno y lo haga fructificar en nosotros y en el pueblo fiel que se nos ha confiado. ¡Enhorabuena!. ¡Felicidades!. *Ad multos annos!*. Amén.